



ESPECIAL

Mapa etnográfico

Un completo panorama de las culturas indígenas que poblaron el suelo mendocino.

PÁGINAS 3 Y 4

Primera muerte de Santos Guayama

Dibujo de JOSÉ BERMÚDEZ especial para Cultura



Fue otro de los **bandoleros rurales** que robaba a los ricos para repartir entre los pobres. Nueve veces el gobierno y la policía lo declararon muerto.

El escritor mendocino **Rolando Concatti** ha convertido en novela la historia de uno de los mayores mitos populares de Cuyo. Ofrecemos, en **adelanto exclusivo**, uno de los capítulos.

El polvo, la sed, la inexpresable sensación de derrota. El último, demorado revolcón cuando el caballo herido de muerte lo arrastraba, lo hundía en el pasto, tal vez para salvarle la vida mientras atrapaba su pierna. El primer desmayo, cuando la caballería victoriosa y enemiga pasaba sobre ellos entre gritos de júbilo.

Tuvo un último recuerdo, cuando se desmayaba, que fue el primero cuando recobró el sentido. "Chacho", había gritado, desesperado, breve: "reagrupe la tropa y retirémonos; la fusilería de ellos nos

está despedazando". Pero el Chacho Peñaloza no le hizo caso; para él retirarse era lo mismo que una huida, un gesto de cobarde. Estaban a punto del encuentro físico y macho entre las lanzas, las bayonetas o los sables, y el Chacho tenía una confianza sin medida en sus lanceros. No puso en cuenta que sus hombres, como sus bestias, estaban heridos o diezmados por las balas de aquellos increíbles fusiles, que sus alas a derecha e izquierda se desmoronaban, que esta vez no bastaba el coraje. Fueron hacia el choque barridos por la metralla, incrédulos de que las armas siguieran vomitando fuego sin necesidad de cargarlas. El choque fue menos estruendoso que otras veces y mucho más colorido; de un lado el

gris harapiento de la columna riojana, del otro los tonos brillantes de trajes uniformes con quepis altaneros.

Pelearon, de todos modos, más de tres horas. La víbora reptante del frente en la batalla fue, vino, volvió, pero luego, de a poco, se hizo una marea que avanzaba y derrumbaba a los llaneros, que perdían su retaguardia de refresco bajo las balas. El coraje no bastaba, la destreza en la chuzza no alcanzaba.

"Siempre hay algo de condena en las derrotas", pensó Guayama, "siempre hay algo de viejo". Peñaloza, gran patrón de gestos nobles, buen patriarca bajo sus blancas barbas, no podía ni imaginar las nuevas cosas, mucho menos enfrentarlas.

Después la fiebre al salir de la inconsciencia; el miedo. Gemidos y gritos, súplicas también. Avanzaban los degolladores, banda de hombres caranchos que abrían de un enorme tajo, lado a lado, las gargantas de los malheridos derrotados. Los fusileros usaban armas modernas, pero ellos proseguían con sus facones de extrema afiladura los rituales de la más cruel barbarie.

Santos Guayama se jugó fingiendo estar muerto. Durante la pelea un sábralo enemigo le había cruzado la garganta y seguía perdiendo sangre. Primero uno, luego otro de los caranchos

PASA A PÁGINA 2